



CAPITULO XLI.

¡Victoria!

Las relaciones entre el licenciado Domingo Benavides y Néstor Rincón, se habían entibiado un poco, tanto porque el primero había sabido por Adela que la familia del segundo era hostil al noviazgo, como porque las reyertas sobre política se hacían de día en día más agrias; pero seguían encontrándose en un campo neutral que era la casa del comerciante don Alejo, quien lo mismo que su esposa, observaban una gran prudencia entre ambos contendientes, procurando siempre que la fiesta siguiera en paz. Por otra parte, cada cual sabía fijarse sus linderos, y hasta la fecha en que vamos á encontrarlos otra vez reunidos, no había habido ningún disgusto serio, sin embargo de que los que ocupaban los puestos extremos en los partidos, se querían como si fueran ya cuñados, esto es, se mascaban, pero no se tragaban.

—¿Y qué hay ahora de nuevo por el ministerio de la guerra? preguntó don Alejo con cierta inoportunidad por el momento.

La pregunta iba dirigida á su hermano. Este contestó:

—Nada que sea muy importante. Ordenes como siempre para nuevos movimientos militares y noticias de las derrotas que están sufriendo los juaristas.

—Y á propósito, interrumpió el abogado que quiso aprovechar la ocasión para dar un buen mordisco, ¿no se hizo el cange de prisioneros que propuso González Ortega?

—No consintieron ni el general Miramón ni sus ministros, contestó Néstor.

—¿Pero cuál cange? preguntó don Alejo. Yo lo que sé es lo que sabe todo el mundo: que González Ortega, luego que recibió la negativa de Miramón, puso libres sin condición ninguna, y aun dándoles dinero, al general Díaz de la Vega, y á sesenta oficiales y jefes que tenía prisioneros.

—Quijotadas de González Ortega, agregó Néstor con gran desplante, ¿cómo había de soltarles Miramón á Uraga ni por veinte Díaz de la Vega?

—Yo no hablaba de ese cange, sino de otro que ha propuesto últimamente con los prisioneros de Silao.

—Pues ese tampoco lo admite el Presidente.

—¿Ni después de la gran derrota que sufrió en el mismo Silao?

—No fué una gran derrota, no fué sino un descalabro.

—Pero dicen que perdió allí toda la artillería.

—Pues si destruyeron el ejército, ¿cómo no se vienen los liberales á la Capital?

—Ya vendrán. Dicen que González Ortega está en Querétaro con veinte mil hombres. ¿Quién lo resistirá cuando venga?

—¡A qué no viene!

—Yo creo, dijo el abogado con toda naturalidad, sin que entre en mi opinión ningún espíritu de partido, que el gobierno tacubayista no podrá ya sostenerse contando sólo con tres plazas fortificadas: Puebla, México y Guadaluajara.

—Amen de las fuerzas expedicionarias que suben á diez mil hombres.

El abogado se sonrió.

—No lo crea usted, Benavides; pero esos son los datos oficiales, agregó Nestor.

—¿Qué número de fuerzas tiene, pues, el gobierno tacubayista?

—A más de esos diez mil hombres que se replegarán á donde sea necesario, tiene tres mil hombres en Guadaluajara, cuatro mil en Puebla y ocho mil en México.

—Suponiendo que esas cifras sean exactas, ¿cuál de esas plazas, cuál de esas fuerzas resistirá el ataque de veinte mil hombres que tiene González Ortega?

—Son chusmas que se desbandarán luego que el general Miramón se les eche encima con sus columnas mandadas por jefes como Mejía, Márquez, Negrete, Herran y Vélez. Ese es el golpe que se prepara.

Y siguió hablándose con más ó menos calor de los sucesos del día, tales como la llegada del embajador español don Joaquín Francisco Pacheco, que el 22 de Agosto fué recibido en Palacio por el Presidente Miramón y su

corte con inusitada pompa; del nuevo gabinete compuesto, como se decía entonces, del extracto de la *conserva*, esto es, de los señores Almonte, Lares, Díaz, Marin y Sagaceta: el que pasaba como una de tantas nulidades era el ministro de la guerra general Antonio Corona. Se habló de la representación de los capitalistas en favor de la paz, que fué recibida con desdén por el gremio de los políticos y por el clero; de los trabajos diplomáticos en favor de un avenimiento, y por último, de la resolución de la iglesia para ayudar con los metales preciosos de los templos y las joyas de los santos á sostener la santa guerra de la reacción contra los liberales y sus leyes de Reforma. Ese sacrificio heroico lo elogió mucho Néstor Rincón entre las sonrisas de Benavides y de sus mismas hermanas que no podían tragar una pildora tan gorda, á pesar de ser buenas cristianas y quizás por esa misma razón.

Así es que el abogado no pudo menos que decir:

—Ustedes convendrán en que es repugnante que el venerable clero, que es el depositario de la fé religiosa, que debía ser el primero en dar el ejemplo de buen cristiano, de caritativo, de humano y de justo, contribuya de tan buena voluntad con sus tesoros para que siga la feroz contienda y se siga derramando sangre mexicana, la misma sangre de sus hermanos. . . .

—Eso es falso, se apresuró á decir Néstor impetuosamente.

—¿Qué cosa es falso? preguntó Benavides con tranquilidad.

—Que el clero presta sus recursos para la guerra.

—No los presta, los da. Yo he tenido en mis manos la comunicación del administrador de la Alduana don Ignacio de la Barrera, y en ella he leído una cláusula, creo

que es la quinta, que dice poco más ó menos: «Que por lo tocante á las alhajas que se han de entregar directamente á la Administración, se haga factura muy explicada del número de piezas, con sus nombres de *hilo de perlas*, aretes, cintillos de brillantes, si son rocas, tablas, rubíes, esmeraldas, etc., porque estas alhajas van á recibirlas otras personas en garantía de las sumas que han de facilitarse al supremo gobierno.» Pues bien, continuó diciendo Benavides indigna que se haga esto, porque es un robo que se hace á las imágenes y un crimen sancionado por el clero el que se comete en los templos, para cometer otro crimen mayor que es el de dar recursos para la guerra. . . .

Don Alejo y su esposa intervinieron con su acostumbrada prudencia para que no siguiera la discusión adelante, que ofrecía encenderse mucho, y el licenciado calló obedeciendo más bien á Adela que había tenido oportunidad al repartir las tazas de té, de estrecharle la mano deslizándole un papel en que por la vigésima vez le juraba ser su esposa, según habían convenido, luego que se aplacaran las calamidades públicas.

Ahora, dejando á nuestros amigos de México haciendo constantemente comentarios sobre la situación, según sus propias impresiones y simpatías, nos tenemos que transportar á Querétaro, convertido en el campo de operaciones de los liberales.

Se encontraban en el alojamiento de don Santos Degollado, que era el ministro de la guerra, pero sin mando de tropas, los generales González Ortega, Zaragoza, Blanco, Berriozábal, Doblado y otros, convocados para tratar de asuntos militares en lo general, y en lo particular para tomar el pulso íntimamente al estado de angustia en que

se sentían con un ejército de veinte mil hombres, sin elementos para provisionarlo.

González Ortega fué el que dijo:

—Encontrándose aquí el señor Degollado, que es el ministro de la guerra, y de consiguiente el jefe de las tropas liberales, lo primero que me toca hacer es entregarle las que tengo á mi mando, lo cual efectúo con verdadera satisfacción.

González Ortega, aunque era ambicioso, quería una de dos cosas: ó salvarse de una inmensa responsabilidad, ó estrechar al ministro á que lo sostuviera con medidas desesperadas.

Don Santos Degollado, que no observó las miradas de espanto que se dirigieron los generales ante la amenaza de volverlo á tener como jefe, se apresuró á responder:

—De ninguna manera acepto el mando en jefe de este ejército que ha formado el general González Ortega, después de tres victorias; en primer lugar, porque no tengo sus aptitudes militares ni su buena estrella, y en segundo lugar, porque no se puede ser ministro y general en campaña al mismo tiempo, cuya incompatibilidad he venido palpando en las épocas anteriores. Me niego terminantemente á recibir un mando de tropas que no me corresponde por esos y por otros motivos.

Doblado y Zaragoza elogiaron la nobleza de sentimientos de los dos generales, y expusieron la necesidad de tomar determinaciones prontas, tanto respecto del movimiento que debía emprenderse, como respecto de la manera de proporcionarse recursos.

—El movimiento está indicado, dijo el ministro de la

guerra: debemos de marchar sobre México, antes que Miramón se reponga de la derrota que acaba de sufrir en Silao.

—Tanto más, agregó Doblado, cuanto que tiene generales que son muy activos y el clero que le proporciona recursos inagotables.

—Yo también era de la misma opinión, dijo González Ortega, y en ese sentido había escrito á los ministros y tomado disposiciones para la marcha; pero el general Zaragoza me ha insinuado con muy buenas razones que no debemos dejar ese enemigo débil, pero siempre enemigo, á retaguardia, y hemos casi convenido en dirigir nuestras operaciones sobre la capital de Jalisco.

—Dejando siempre un enemigo á retaguardia que no es débil, hizo observar Doblado, pues que Miramón y Márquez se apresurarán como siempre á sacar todos sus elementos de México para seguirnos.

Aunque se dieron tan buenas razones en uno como en otro sentido, se adoptó el extremo de atacar á Guadalajara, tanto porque era empresa que se consideraba más fácil, como porque á la vez que se aprovechaban las fuerzas de Ogazón y de Régules para el sitio, había manera de dejar un buen cuerpo de ejército en observación de México, y aun de destacar otro más al encuentro del enemigo en caso de que alguno hubiese que pudiera seguir aquel inesperado movimiento.

Pero quedaba la segunda parte, que era el punto negro de la cuestión: ¿con qué dinero se emprendía aquella campaña indispensable cuando no había un peso en las cajas?

—¿Cuánto dinero se necesita? preguntó Degollado.

—Veinte mil pesos diarios, poco más ó menos, con-

testó González Ortega; eso si hay recursos, continuó diciendo; pero en caso de no haberlos, con las reses necesarias para el rancho y con unos cinco ó seis mil pesos para la oficialidad, correos, exploradores, etc.

Doblado, que se había quedado meditabundo, dijo de pronto:

—Podemos tener en tres días un millón, siempre que queramos asumir una gran responsabilidad.

—Yo las asumo todas con tal de poder moverme, dijo González Ortega.

—Eso me toca á mí, contestó Degollado, puesto que soy el ministro de la guerra, ¿De qué se trata? preguntó á Doblado.

—Simplemente de apoderarnos de la conducta de caudales pertenecientes á ciertas casas extranjeras, que está en marcha para Tampico.

Todos se estremecieron y algunos cambiaron de color.

Doblado continuó diciendo tranquilamente:

—Sería un robo si no tuviéramos con qué pagar ese dinero; pero yo me comprometo á saldar las cuentas con más de tres millones de bienes de manos muertas que hay en Guanajuato.

—Sí, podrá pagarse tarde ó temprano, murmuró Zaragoza; pero de pronto se nos llamará ladrones y se nos pondrá al nivel de Márquez, que también se echó sobre una conducta en Guadalajara.

—Y quien fué castigado duramente por Miramón, murmuró el ministro de la guerra.

—No tan duramente, repuso González Ortega; pero en fin, hubo las apariencias de un castigo.

—Y bien, ¿qué opina usted de eso, usted que es el general en jefe? ¿se atreve á hacer la campaña con ese dinero?

—Yo la hago con cualquier dinero que se me dé, venga de donde viniere.

—Pues yo asumo toda la responsabilidad, dijo resueltamente Degollado: explicaré mi conducta ante la Nación y ante el gobierno, y absuélvaseme ó no, haré el sacrificio de mi reputación en aras de la patria.

Se aplaudieron los dos actos del ministro de la guerra: el de su renuncia al mando supremo del ejército, más que por falta de aptitud por falta de suerte, y el de apechugar con la grita que había de levantarse por el secuestro de la conducta, como propios de aquella época de hierro, y se pusieron en planta las dos resoluciones.

Se ocupó la conducta, produciéndose el escándalo consiguiente entre las casas extranjeras, al grado de que á los ingleses se les devolvieron cuatrocientos mil pesos, porque fueron los que más gritaron y amenazaron, sirviendo los seiscientos mil pesos restantes, para hacer el movimiento de las tropas sobre Guadalajara.

Degollado se situó en Lagos con una escolta, poniendo además cuatro mil hombres de observación en Querétaro, mandados por los generales Quijano y Berriozábal.

Entonces se exageraba mucho el número de las tropas: en realidad González Ortega se acercó á la plaza de Guadalajara con unos ocho mil hombres, habiéndosele incorporado además otros cinco mil con los que mandaban Ogazón, Doblado, Huerta y Régules.

En la plaza había de tres á cuatro mil hombres de línea, más unos dos mil tomados de leva y que se habían colocado en las fortificaciones como carne de cañón.

El general don Severo del Castillo, uno de los militares más entendidos de la reacción, había pretendido dar

una batalla campal, en la creencia de que venían tropas de México á la retaguardia del ejército liberal y que éste podía ser cogido entre dos fuegos: vió pronto que su plan era irrealizable, y ocupando el recinto amurallado, á la intimación de González Ortega para que se rindiera, contestó sin baladronadas que esperaba tranquilo el resultado de la contienda.

Esto pasaba el 25 de Septiembre, y el 26 comenzaron las hostilidades, estableciéndose en los tres días siguientes, una línea perfecta de circunvalación.

Como entonces las operaciones de la guerra marchaban muy despacio, el gobierno de Miramón tuvo tiempo de reunir un ejército de ocho mil hombres, pagado por el clero, el cual salió de la Capital, al mando de Márquez, con todos sus trenes el 19 de Octubre, época en que continuaba el sitio de Guadalajara con mucha parsimonia, sin que se hubiera intentado abrir brecha en los fuertes, ni se pensara en dar un ataque serio con columnas bien organizadas.

La noticia del movimiento de Márquez fué lo que obligó á González Ortega á desplegar mayor actividad; pero desgraciadamente, ó tal vez por fortuna, cayó enfermo en cama y le sustituyó en el mando el general Zaragoza el día 19, cuando ya Márquez tenía nueve días de camino y se encontraba con todas sus tropas en Irapuato. Se contaba, pues, con otros ocho ó nueve días, siempre que el cuerpo de ejército que venía replegándose, al mando de Berriozábal, supiera obrar con astucia para detener la marcha resuelta de un enemigo engreído con su superioridad táctica.

Pasaron los nueve días en preparativos, es decir, en estrechar el cerco con obras de *aproche* por medio de

horadaciones en las manzanas de las casas, y se resolvió el ataque para el 29 de Octubre, nombrándose las columnas que debían dar el asalto á los fuertes mejor artillados, fuera de otras columnas que debían simular otros ataques á los puntos débiles, ardid de la guerra, que dió en buena parte los resultados que se esperaban como luego veremos.

Los puntos objetivos del ataque verdadero fueron los conventos é iglesias del Carmen y de Santo Domingo, situados en el Poniente y Norte de la ciudad, siendo falsos ataques los de Santa María de Gracia, San Francisco, San Felipe y la casa del Cobre.

A las seis de la mañana ciento veinticinco bocas de fuego vomitaban proyectiles sobre la ciudad, causando estragos horribles á las casas convertidas en fortalezas y á las torres de las iglesias, haciendo poco daño á las gruesas trincheras formadas de adobes, tierra floja y costales rellenos de arena. La plaza parecía desierta y defendida mecánicamente por los fusiles que aparecían en las dobles series de troneras que había por todos lados y por los cañones que simulaban dispararse solos en los fortines, sin que se viera ni un artillero. El aspecto que presentaba así la plaza era pavoroso, por su inmovilidad, por su quietismo, por su calma. El cañoneo duró tres horas y media, sin que los sitiados manifestasen el menor sobresalto, respondiendo á la lluvia de balas y granadas con parsimonia desesperante.

Concluido el cañoneo, que no fué más que un alarde de fuerza para causar intimidación, porque no se abrió ninguna brecha, se desembozaron las columnas nombradas para dar principio al ataque verdadero de los dos puntos principales, con el apoyo de seis ó siete falsos que

también se dieron con ímpetu, sirviendo mucho para distraer la atención del enemigo: Santo Domingo fué atacado por la columna que mandaba el general Lamadrid, compuesta de los cuerpos de Zapadores, Cazadores y Rifleros del Norte. El general Valle, á su vez, mandaba una columna paralela, y ambas penetraron por la espalda y costado del convento, encontrándose una gran línea de fuertes todos artillados y todos defendidos por gran número de soldados que cruzaban los fuegos por una infinidad de troneras practicadas en todos los muros. Allí tenía que perecer fusilada toda la columna si no se tomaba una decisión rápida y salvadora, y esta correspondió al general Valle, quien dijo al capitán de Zapadores don Adolfo Garza:

—Ocupe usted, capitán, esa altura con su compañía, cueste lo que cueste.

Garza hizo un saludo militar y ejecutó la orden en medio de una granizada de balas que le puso fuera de combate la mitad de su gente; pero la situación estaba salvada, porque de aquella altura era de donde recibían más daño los asaltantes. Sin embargo, allí mismo se trabó un combate encarnizado porque el enemigo se empeñó en mantener la posición; pero se aplicaron al parapeto multitud de escaleras de mano, subiendo por ellas otra compañía de Zapadores y tuvieron que morir uno á uno todos los defensores, quedando punto tan interesante en poder de los liberales.

La manzana de casas paralela al convento á la derecha, fué ocupada á viva fuerza por los comandantes don Miguel Palacios y don Marcelino Esparza; pero la lateral de la izquierda ofrecía una resistencia que pareció invencible ante los más grandes esfuerzos.

Con desesperado ahinco logró llegar á media manzana,

encontrándose allí todavía las casas terraplenadas y convertidas en espesas murallas erizadas de defensores bien armados y resueltos á mantenerse hasta el último extremo. Los asaltantes no se detuvieron ante ese obstáculo imprevisto: unos aplicando escalas, otros sirviendo de escalas ellos mismos á sus compañeros, lograron subir tan rápidamente como era posible á los parapetos, y dejando atrás muchos heridos y muertos los que lograron llegar sin ser tocados, emprendieron una lucha desigual al principio á la bayoneta, que bien pronto se convirtió en encarnizada y sangrienta. Los sitiados recibieron refuerzos mandados por el jefe de la guarnición en persona, quien con ojo perspicaz había visto que esta podía ser la llave de la ocupación de la plaza, y las tropas que condujo de refresco llegaron esparciendo la desolación y el espanto entre los que, con otro impulso más, iban á ser los vencedores, y considerándose perdidos pensaban ya en la fuga ó en la rendición, cuando de repente se oye una voz muy conocida de los soldados; que grita:

—¡Valientes zacatecanos! ¡valientes potosinos! ¡viva Juárez! ¡viva la libertad! ¡á ellos!

—¡A ellos! repite con furor la muchedumbre de hombres armados que forman sobre el parapeto una masa compacta compuesta de unos y otros contendientes, entre los cuales ya no se puede saber cuáles son los amigos y cuáles son los enemigos.

Pero como el combate arrecia en otras partes, y Castillo, el jefe de la plaza, es el que tiene que vigilarlas todas, deja encomendada la defensa de la posición á un jefe de confianza y él se retira seguido de sus oficiales.

Sucedió lo que debía de suceder: decayó el brio de los defensores del parapeto, y los que pudieron escapar

escaparon, dejando allí un obús de á doce y una bandera. Esta la empuñó Zaragoza, y volvió á gritar con todos sus pulmones:

—¡Viva la libertad!

Y las bandas, en el mismo momento, tocaron dianas en toda la línea, significando que se había obtenido la victoria.

Sin embargo, la victoria que se había conquistado allí, era realmente insignificante y muy costosa: murieron distinguidos oficiales como Echeverría, Talancón, Gaitán, Martínez, Anguiano, Ortega y Campa, y ni siquiera se habían ocupado las iglesias de Santo Domingo y el Carmen, que se veían completamente cercadas, es cierto, pero defendidas aún por sus mermadas guarniciones, que en caso de tener parque suficiente, se sostendrían por muchas horas aún, hasta haber quemado su último cartucho.

Había comenzado el combate á las seis de la mañana, eran ya las siete de la noche, y durante esas trece horas nadie había bebido un trago de nada, ni nadie se había llevado alimento alguno á la boca; tanto los defensores de la plaza como los asaltantes, estaban estenuados de fatiga, y una tregua necesaria fué dictada por el mismo cansancio; pero á esa hora ya no había quien tuviera alientos de combatir. Cualquiera que en ese momento hubiera tenido mil hombres de refresco, habría triunfado con la mayor facilidad; pero los que no habían estado personalmente en las trincheras, habían estado corriendo adentro y afuera, de unos sitios á otros, para entrar en combate á la hora que se necesitara. Las reservas tampoco habían estado inactivas y de consiguiente experimentaban el mismo cansancio.

A las ocho de la noche, cuando reinaba el silencio

en ambos campos, no obstante que entre sitiados y sitiadores no había más que unos cuantos metros, y en algunos puntos sólo estaban separados por una pared, á esas horas, decimos, en que no se oían más ruidos que los diálogos á media voz, el acompasado andar de los centinelas y de los oficiales de vigilancia y el tropel de las diferentes escoltas de hombres armados que adentro y afuera de las trincheras recorrían la ciudad, á esa hora, decimos, apareció la luna en todo su esplendor en un cielo límpido, alumbrando las ruinas y los escombros de los edificios que ya no existían, los regueros de sangre que en el Carmen había corrido por las canales de las azoteas, y los muchos cadáveres que quedaban insepultos en las calles y sobre los parapetos.

El aspecto de la ciudad era de los más tristes y de los más patéticos, olía no sólo á pólvora sino á sangre, y tantas ruinas por todas partes amontonadas presentaban el espectáculo siniestro de un huracán, de un terremoto, de un cataclismo de la naturaleza que hubiera paseado por allí todas sus violencias y todos sus furores.

Los liberales habían gastado en el ataque de todo ese día, cuatro ó cinco mil proyectiles de cañón y cerca de medio millón de tiros de fusil, es decir, habían agotado sus municiones, y al día siguiente no podrían continuar el ataque sino al arma blanca, como en la época de los romanos.

Ya tenían la llave de la plaza en su poder, ya no les quedaba que hacer otra cosa más que arrollar pequeños obstáculos para conquistar la última victoria. Y era preciso conquistarla, porque Márquez, con ocho mil hombres de lo más florido del ejército conservador, estaba ya á unas cuantas leguas de Guadalajara. Dos jornadas á lo más, y

apresurándose un poco podría quizás llegar al día siguiente en la noche. ¡Qué conflicto! había que tomar la plaza á la madrugada y no había parque. Había también que salir al encuentro á Márquez, y no había parque tampoco. Una situación magnífica, una situación que se parecía tanto al triunfo, estaba á punto de convertirse en la más desastrosa de las derrotas. Todo eso quería decir que los sacrificios, que el robo de la conducta, que tantos buenos planes, que cuanto se había hecho en tres años, iba á convertirse en humo en unas cuantas horas.

—Pero ¡oh milagro de la Providencia! como habrían exclamado los conservadores si se han encontrado en el caso, á las once de la noche, cuando se estaba ya tratando de la retirada en el campo liberal, la plaza pide parlamento. . . . ¿Por qué pidió parlamento la plaza? Porque estaba en peor situación, porque no sólo había agotado sus municiones, sino porque los soldados estaban muertos de hambre, de sed y de fatiga, y ya no querían que continuara aquella lucha brutal y fratricida, sostenida ya solamente con el dinero del clero mexicano por parte de los que llevaban su bandera.

El parlamento se aceptó, se convino en que ambos beligerantes se retirarían á Oriente y Occidente. Castillo no cumplió aquel pacto, sino que se quedó en Guadalajara; pero en cambio todo el ejército liberal salió á encontrar á Márquez, lo cual no fué necesario, pues que las tropas que se habían quedado de reserva, y que habían venido replegándose paso á paso ayudadas por las guerrillas, bastaron para hacer que toda la fuerza del general reaccionario se desvaneciera como la bruma, quedándose en el campo donde se verificó la estampida, únicamente el material de guerra que fué de mucha consideración. Es decir, las fuer-

zas de Márquez se desbandaron luego que supieron que Guadalajara había secumbido y que el ejército liberal, compuesto de más de veinte mil hombres, se les echaba encima.

Conviene hacer presente que nuestro amigo Adrián Canales estuvo con su guerrilla pié á tierra en el ataque del Carmen que costó tanta sangre á los hijos de Jalisco, y luego fué de los primeros en lanzarse al encuentro de Márquez, sobre que iba sirviendo al ejército de guerrilla exploradora, habiendo tomado él y los suyos un cuantioso botín compuesto no sólo de armas y caballos, sino de carretelas, papeles, dinero y hasta concubinas, de las que no conducían escaso número los jefes y oficiales. Solamente seis de los coches iban ocupados por generalas.

En cambio los ciento cincuenta jefes y oficiales que se hicieron prisioneros en esta magnífica jornada, fueron puestos en libertad por orden del general González Ortega.

El general don Severo del Castillo, que había faltado á la capitulación quedándose en Guadalajara, no obstante que para evacuar la plaza recibió de los sitiadores los recursos necesarios, huyó de allí luego que supo que el ejército de Márquez había sido deshecho, corriendo por su lado la misma suerte, una vez que hasta sus principales jefes los generales Quintanilla y Montenegro se pusieron con sus fuerzas á disposición del vencedor.

Zaragoza, que seguía al frente del ejército liberal, ganó con aquellos dos hechos de armas más de sesenta piezas de artillería, bastantes municiones, mucho armamento y unos cinco mil hombres de tropa excelente.

Todo esto pasaba en los primeros días del mes de Noviembre de 1860, en cuyo mes también reunidos todos los obispos de la República con Miramón, acorda-

ron defender á todo trance, y costara lo que costara, la ciudad de México, jurando á la vez destruirla antes que dejarla ni por un momento en poder de los liberales.

Como una muestra de lo que podían hacer Miramón y los suyos, su edecan el general Márquez que en Guadalajara había sido terriblemente castigado porque se robó una conducta, fué á quien comisionó aquel Presidente para que se echara sobre los fondos de la convención inglesa que estaban en su legación, destruyéndose los sellos de las cajas fuertes por el oficial Antonio Jáuregui.

Los seiscientos sesenta mil pesos sacados de la legación inglesa, atentado inaudito que no justificaban ni las circunstancias cuando todos calificaban ya de insensatez la resistencia, produjeron desde luego una grito espantosa, y más tarde la intervención europea que costó tanto dinero, tantas vidas y tantas lágrimas!

En Guadalajara, entre tanto, pasaba un incidente muy curioso. Uruga, que se encontraba antes prisionero, quedó en libertad; pero no conforme con esto pidió y obtuvo del general Degollado una orden para que se le entregara el mando del ejército, y Zaragoza, que no reconocía ya autoridad en el ministro de la guerra, rehusó entregarlo, é hizo muy bien.

¿Por qué no se reconocía ya la autoridad de don Santos Degollado? Porque antes del asedio de aquella plaza había propuesto un avenimiento con la reacción que pareció vergonzoso á los liberales, y no sólo rechazaron el proyecto, sino que convinieron todos los que tenían las armas en la mano, excepto unos cuantos, en quitar á aquel su investidura.

Nunca fué tan inoportuno el pobre don Santitos, como lo llamaba Rojas, como en aquella vez en que el par-

tido liberal, es decir, Juárez, es decir, la Constitución, estaba ya triunfante ó por lo menos en visperas de estarlo de un modo indudable.

Una vez allanadas las dificultades en Jalisco y establecido el nuevo gobierno, á la cabeza del que fué puesto el licenciado don Pedro Ogazón, el ejército liberal, á cuyo frente se puso ya el general González Ortega restablecido de la fiebre que sufrió, bastante peligrosa, y de cuya epidemia murieron casi tantos soldados como de las balas, marchó con banderas desplegadas y tambor batiente para la Capital. Dicho ejército se componía á la fecha, según algunos, de treinta mil hombres y más de ciento veinte piezas de artillería, no muy bien provistas de municiones. Lo que parecía mejor era la caballería, que constaba de unos dos mil rifleros del Norte y de otros dos mil lanceros de los demás Estados.

Como no podía ir tanta gente reunida, que hubiera agotado las escasas provisiones de los pueblos y haciendas del Interior, salieron por delante las divisiones que habían sido de retaguardia y ahora eran de vanguardia, esto es, las que mandaban Berriozábal y Doblado respectivamente. La primera llegó á Toluca, en donde fué sorprendida por Miramón, y la segunda llegó sin novedad á Guanajuato, en donde se le recibió con indecible entusiasmo.

En la sorpresa de Toluca fueron hechos prisioneros Degollado, Berriozábal y otra multitud de jefes y oficiales que se escaparon de ser fusilados, según lo publicó después don Leopardo Márquez, como llamaban entonces á don Leonardo del mismo apellido, debido á él únicamente.

¡Admirable cosa debió ser que un hombre tan cruel

se hubiera desentendido de las órdenes de Miramón, para no fusilar á los prisioneros y que hubiera esperado á que los diplomáticos se interesaran por ellos para resolverse á dejarlos con vida!

Lo que hubo de verdad, según parece, es que los conservadores en esa vez tuvieron miedo y vergüenza: miedo, porque ya los liberales estaban poderosos y podían ejercer terribles represalias. Vergüenza, porque era ya una indignidad, una cobardía, una vileza, una canallada en suma, fusilar á alguien cuando los liberales estaban mostrándose no sólo magnánimos y generosos con los prisioneros, sino en realidad fraternales, pues además de perdonarles la vida les daban recursos ó colocación bajo sus banderas cuando la pedían. Allí estaban Parra, Echeagaray, Quintanilla y otros que fueron recibidos con los brazos abiertos.

Los conservadores se reanimaron un poco con la victoria de Toluca y con el dinero de los ingleses, de tal modo que Miramón pudo aún organizar un ejército de ocho mil hombres con más de treinta bocas de fuego, con cuyos elementos salió de la Capital llevando el propósito de derrotar á González Ortega, y fué á detener su marcha triunfal en las lomas de Calpulalpam.

—Oye, Miguel, le dijo el ministro don Isidro Díaz, que era su principal consejero, cuando ya iban en camino, sería mejor defender la Capital mientras se organiza un ejército en Puebla que venga en nuestro auxilio. González Ortega tiene, según dicen, más de veinte mil hombres.

—No tiene ahora más que diez y seis mil, le contestó Miramón, y se componen de chusmas. Ya sabes que tengo buenos informes.

—Sí, los tienes buenos; pero de todas maneras tus tropas son muy inferiores á las del enemigo.

—Son inferiores en número, pero no en disciplina. Además, están mandadas por jefes como Márquez, Vélez, Negrete, Ayestarán y Cobos. Son estos generales para mí lo que fueron Ney y Muratt para Napoleón.

—Todos nuestros amigos de México, los mismos dignatarios de la iglesia, me manifestaron recelos por los resultados de esta campaña.

—Escribeles ahora mismo diciéndoles que tengo seguridad, pero plena seguridad de que mañana á estas horas ya habré hecho morder el polvo á González Ortega y á sus veinte mil *chinacates* en caso de que lleguen á ese número, que precisamente, esto te lo digo á ti, es lo que quiero evitar, que lleguen ó pasen, una vez que todavía no se les incorporan más de diez mil hombres que vienen en camino por distintos rumbos. Derrotado el grueso del ejército, los demás se desbandarán como codornices.

—Te concedo la razón, Miguel, se ve que tienes genio militar.

Y don Isidro, desde ese instante, también creyó en el éxito.

Entre tanto los jefes liberales por su parte, resolvieron celebrar una junta de guerra.

—Viene Miramón, y quizás mañana estará á la vista de nuestro campo, dijo González Ortega, trae de ocho á nueve mil hombres de buena tropa, mandada por sus mejores generales y más de treinta piezas de artillería. Tenemos varios caminos, todos buenos: ó vamos á su encuentro y le presentamos batalla campal con muchas probabilidades de derrotarlo, ó nos retiramos para esperar las divisiones que vienen en marcha para envolverlo luego con todas

nuestras fuerzas y lo destruimos con plena seguridad, ó finalmente nos fraccionamos y vamos por diversos caminos á ocupar su retaguardia, y entonces hasta es fácil que pierda la plaza de México sin combatir.

—Debemos batirlo desde luego, opinó Valle.

—Sin duda alguna que tenemos magníficos elementos para librarle batalla campal, apoyó Zaragoza.

Y sin que hubiera más discusión, todos los demás generales repitieron:

—¡Batalla campal! ¡batalla campal!

—Pues tendremos batalla campal mañana, exclamó González Ortega entusiasmado: esto es precisamente lo que yo deseo.

Y á renglón seguido dictó sus disposiciones respecto de la colocación de las fuerzas, no sin oír el consejo del general Zaragoza que tenía la investidura de Cuartel Maestro y segundo en jefe.

Al amanecer se desocuparon los alojamientos que tenían los diferentes cuerpos de Jalisco, Zacatecas, San Luis, Guanajuato y Michoacán en las haciendas, y se situaron en las lomas de San Miguel Calpulalpam, dando el frente al rumbo que se sabía llevaba Miramón. Este apareció con sus columnas ya formadas á las seis de la mañana, las que hicieron alto, mientras él, como lo tenía de costumbre, hacía un rápido reconocimiento acompañado solamente de algunos oficiales de su Estado Mayor.

Volvió á su campamento satisfecho y dijo á Isidro Díaz:

—No tienen por cierto una posición formidable. Coje tu reloj y cuenta una hora desde que se dispare el primer cañonazo. En esa hora habré dado cuenta de ese ejército, si nuestra caballería cumple con su deber.

La mañana era fría, nebulosa y triste. El viento muy ténue que soplabá parecía oler á sangre. Los soldados de uno y otro bando que estaban en pié desde las tres de la mañana tenían los miembros helados, y apenas podían tener el fúsil en las manos, faltos de tacto. Así es que Miramón no sólo juzgó necesario esperar una hora todavía para que el sol calentara un poco, sino que además mandó dar una ración de armada. Y cuando esto se hacía recorría las filas diciendo en voz alta de modo que lo oyera el mayor número:

—¡Son muchos, son más que nosotros, no importa, son chusmas indisciplinadas! Todo consiste en que les demos una buena carga y los derrotaremos.

Pero Miramón era solo para electrizar á su tropa, en tanto que los jefes liberales, entusiastas y además valientes, eran muchos más.

González Ortega, Zaragoza y Valle, también recorrían las filas y decían á sus soldados:

—¡Vamos á triunfar de esas tropas desmoralizadas! Si hemos deshecho á Márquez que llevaba un florido ejército, cómo no hemos de derrotar á esas tropas improvisadas recientemente? Todo consiste en esperar el ataque á pié firme, rechazarlos y después destruirlos. ¡Animo, valientes! Esta es la única victoria que necesitamos para entrar á la Capital.

A las ocho de la mañana se levantó una inmensa polvareda en el campo de Miramón. Era que las columnas se habían puesto en marcha. El primer cañonazo se disparó en el centro de la línea de combate de González Ortega. Isidro Díaz sacó su reloj para ver la hõra: marcaba las ocho y cinco minutos.

Aquel cañonazo fué la señal de una serie de dispa-

ros que se hicieron en ambos campos, á la vez que se iban estrechando las distancias. Todas las lomas estaban erizadas de cañones que hacían llover fuego y plomo sobre las columnas reaccionarias: estas iban avanzando lentamente, tanto para dar lugar á que las baterías se emplazaran, como para que se pudiera observar cuál era el punto débil que debería sufrir la carga principal.

Miramón, con el corazón palpitante y sin despegarse el antejo de campaña, de pie en una pequeña eminencia desde donde todo se dominaba, veía con suma atención los fuegos del enemigo sin que nada los descubriera: el frente estaba sin embargo bien cubierto, sostenida la artillería con muy pocos cuerpos de infantería que estaban descansando sobre las armas y la mayor parte colocados pecho á tierra; los flancos sí se veían cubiertos con respetables trozos de caballería.

Es verdad que la línea era extensa, pero bien sostenida, diferenciándose en esto de las otras batallas que le habían presentado los liberales, en que siempre le habían ofrecido lados vulnerables. Las lomas tenían suficientes cañones que se protegían mutuamente para cruzar sus fuegos en caso necesario, y continuaba la línea compacta en los claros con cuerpos de infantería, en orden estendido de modo que con facilidad podían replegarse y formar columnas de ataque.

Las reservas estaban formadas en orden cerrado por brigadas y pecho á tierra, como hemos dicho, viéndose sólo á vanguardia las líneas de tiradores.

—Se conoce que hay allí un militar entendido, murmuró Miramón.

Y en el mismo momento pudo observar con su ojo perspicaz, que el flanco izquierdo se encontraba débil, tan-

to porque la artillería tenía poco alcance, como porque los soldados hicieron un movimiento desordenadamente.

—¡Allí está la victoria! exclamó.

Y montando á caballo se lanzó él mismo seguido de su Estado Mayor en busca de Márquez, al cual dijo luego que lo alcanzó:

—Al flanco izquierdo, general Márquez, al flanco izquierdo.

Ya Márquez había tenido la misma idea y mandado dar el ataque al flanco izquierdo del enemigo, el cual fué casi instantáneo y terrible. Las fuerzas de Michoacán que sostenían el punto no pudieron resistir el choque, y se pusieron en fuga; pero fueron reemplazadas con una rapidez extraordinaria por la brigada de Jalisco que restableció la línea de combate, y no sólo rechazó á Márquez, sino que hizo prisionero al 6° Batallón de línea que mandaba el general Negrete.

Zaragoza, que dirigía el combate como Cuartel Maestre, mandó que en el instante mismo cargaran los tres mil ginetes que ocupaban el flanco derecho, sobre el enemigo, con la seguridad de consumir su derrota; pero el general que los mandaba contestó que no era posible ejecutar la maniobra porque el terreno se encontraba obstruido por los magueyes. No han querido dar las historias el nombre de ese general, que al día siguiente fué dado de baja, con la nota de cobardía.

A pesar del descalabro de Miramón en el flanco izquierdo, en que fué rechazado con pérdidas, dejando un batallón prisionero, la batalla continuó encarnizada en toda la línea, perdiendo los liberales las lomas que ocupaban en el centro, que eran la llave de sus posiciones, siéndoles capturadas veinte piezas de artillería.

Éra este el momento crítico.

Miramón echó mano de los mil caballos que mandaba su hermano don Joaquín para dar en su concepto la carga final. Ese jefe, que también era bizarro, se precipitó como una ola sobre los cuerpos que parecían huir en desorden, y cuando aquel había rebasado la línea, aquellos se recobraron, á la vez que se levantaban los cuerpos de reserva que estaban pecho á tierra, y la caballería reaccionaria se vió prisionera, á la vez que el jefe de un cuerpo dió un grito á la libertad y se pasó al enemigo. Los que pudieron salir de la emboscada volvieron grupas, emprendiendo una carrera desesperada que fué á desorganizar las columnas de los infantes.

La victoria en esos momentos hubiera sido completa para los liberales, tan completa, que hubieran quedado prisioneros Miramón y todos los suyos, si el jefe de la caballería que permanecía impassible en el flanco derecho hubiera obedecido la nueva orden que se le mandó para que cargara.

Alegó el mismo pretexto que antes para estarse quieto: ¡los magueyes!

Se tuvo que prescindir, pues, de esa caballería, y los infantes no sólo recobraron las posiciones y artillería perdidas, sino que tomaron todos cuantos trenes llevaba Miramón, pudiendo escapar éste apenas en un magnífico caballo dorado que era muy conocido de sus subalternos y que en esta vez sirvió para que fueran á rodearlo unos quinientos hombres como resto de todo su poderoso ejército.

Isidro Díaz, al echar á correr, miró su reloj que marcaba las once.

En tres horas se había perdido todo.

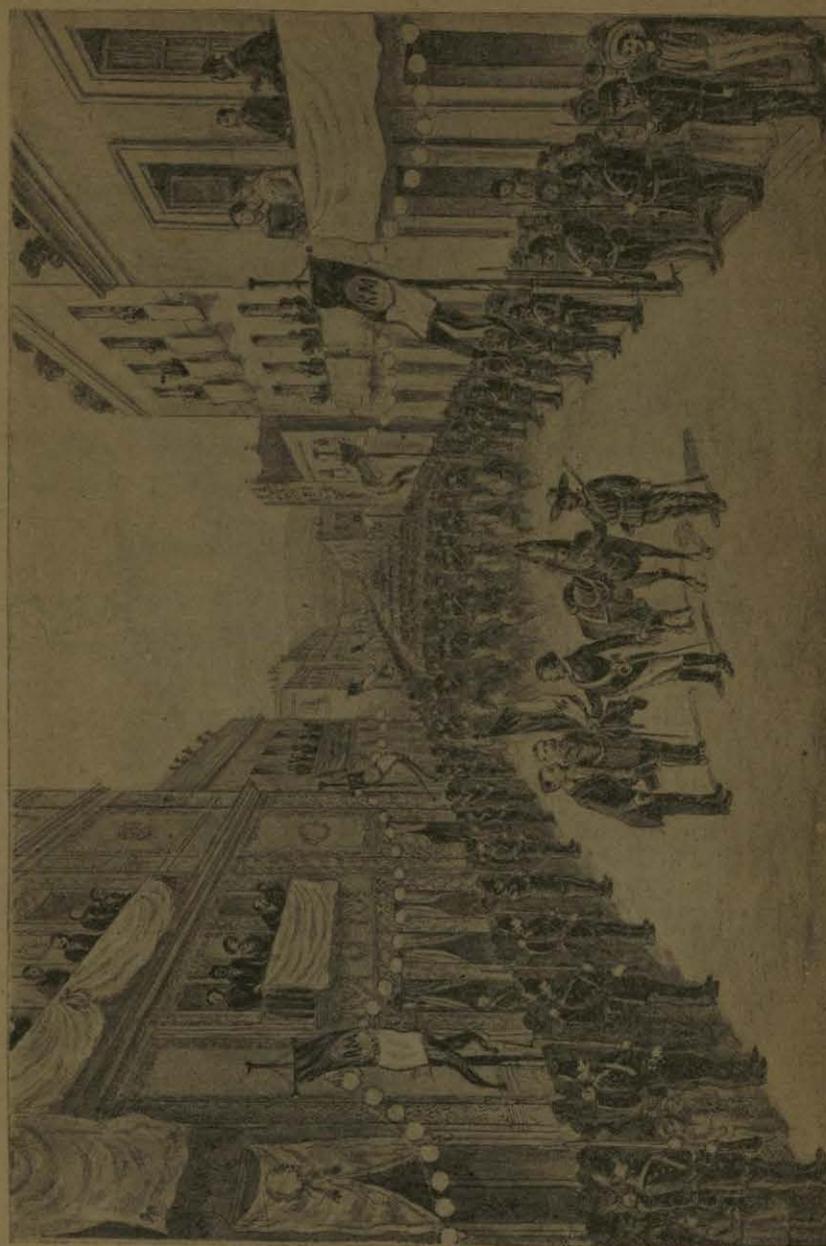
Miramón fué el primero en sorprender á las gentes ansiosas que esperaban en México noticias, con la muy fatal de su derrota. La consternación fué inmensa. Miramón, Márquez, Zuloaga y demás jefes comprometidos, formaron una fuerza de mil quinientos hombres y huyeron. Al salir se les desbandó la gente, y el primero se volvió á la Capital á esconderse, mientras los otros se fueron con lo poco que pudieron á probar fortuna.

Esto pasaba el 24 por la noche, el día siguiente, 25 de Diciembre de 1860, á las diez de la mañana empezó á desfilar el ejército victorioso por las principales calles en medio de repiques, cohetes y músicas. El júbilo fué inmenso. Todavía en la noche se estaba repicando y grupos del pueblo recorrían la ciudad con músicas gritando: ¡Viva Juárez! ¡viva la Constitución de 57!

Degollado y Berriozábal que estaban prisioneros, quedaron en libertad al huir Miramón. Cuando González Ortega los vió en unos balcones, los hizo bajar, los abrazó públicamente y entregó al primero la bandera que empuñaba, como digno de tal honor, por sus servicios anteriores.

Puebla se rindió, el gobierno constitucional quedó establecido en toda la República, Juárez y sus ministros fueron llamados á México, y entre tanto Gonzáles Ortega dió de baja por medio de un decreto al ejército infiel que había vuelto sus armas contra la libertad, y por medio de otro decreto promulgó las leyes de Reforma con aplauso del pueblo mexicano.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



González Ortega entrega la bandera á Don Santos Degollado.